

IV. DIGNIDAD.

Para que el soldado guarde íntegra su dignidad, tiene que ser moral y saber cuando menos sus obligaciones. Porque ¿qué dignidad puede haber en un hombre que no cumple sus deberes que no conoce, y que se infama con sus vicios?

El soldado que se porta bien y es exacto en su servicio, demuestra que tiene dignidad, pues el temor de sentir que se le aje con reprensiones ó castigos, y el noble anhelo de que lo consideren, lo estimula. Por el contrario, aquel que se conduce mal y no cumple sus obligaciones, manifiesta con ello su falta de decoro, pues se expone á sufrir penas que siempre lastiman la delicadeza.

En la ordenanza militar se expresa que: *el excusarse con males imaginarios ó supuestos de las fatigas que corresponden, prueba desidia é ineptitud para el servicio de las armas, y yo,*

agrego, que semejante manera de proceder, prueba tambien la falta de pundonor en quien la emplea. La mentira, no solo en ese caso, sino en otro cualquiera, es un vicio abominable: el que miente es porque en nada se estima, y ninguna estimacion tiene que esperar de los demás de quien será ludibrio, pues la mentira conduce al desprecio, que es lo más doloroso que un hombre puede sentir sobre su espíritu. La verdad, mientras mas contraria sea á quien la vierte, más lo ennoblece.

La envidia tambien envilece á los hombres y los hace ser injustos para juzgar del mérito de los demás. Indigno de almas bien nacidas es el olvidar cuando otros han derramado su sangre por su país ó han consumido su vida en las devoradoras ansiedades de la guerra ó de la política, aun cuando la ambicion hubiere sido uno de sus móviles, sentenciándolos con una frase ligera sin considerar sus sacrificios y sus vigili-
as; eso es una impiedad que cometen los fátuos y los envidiosos, y la envidia, dice Solis, inspirándose en la verdad y la justicia, es un bajo vicio sin deleite, que atormenta si se disimula y desacredita cuando se dá á conocer.

Tampoco es bueno excederse en el elogio y

y las manifestaciones oficiosas, y menos con los que se encuentran en superior esfera: las oficiosidades con los hombres del poder, de parte de sus subordinados, mientras más forzadas sean, van sirviendo de termómetro para graduar la nulidad de los que las prodigan, pues al carecer estos de valer propio, todo su mérito lo hacen consistir en el favor que alcanzan con sus demostraciones serviles. Triste recurso de que nunca se vé hacer uso á las personas que se sienten dignas de los puestos que ocupan y las cuales se hacen acreedoras á la estimacion, por sus méritos y sus servicios.

En la carrera militar es donde más resaltan las negras manchas que empañan el decoro porque es una profesion de honor, y el que miente ó bajamente adula, arrastra su honra en el cieno de la desvergüenza.

La dignidad militar es esencialmente delicada y siempre se debe tener el mayor esmero en no dar motivo para que se empañe.

La exageracion de esta cualidad por aquellos de quienes no es bien comprendida, produce á veces la altanería, el orgullo que tanto perjudica y que arrastra al espíritu á la insubordi-

nacion. Es preciso, pues, fijarse en no confundir una cualidad tan estimable con defectos tan dañosos.

El militar altanero, con su conducta poco comedida ó irrespetuosa, es mirado con aversion por sus compañeros y sin consideracion por sus superiores; y sus faltas, nacidas del orgullo que ciega, le originan castigos con que se le humilla necesariamente.

El que sabe, pues, apreciar en todo su valor su dignidad, debe procurar no dar motivo alguno para que lastimen su delicadeza.

La verdadera dignidad, está muy léjos del orgullo nécio, de la altanería insolente, y es una de las más bellas cualidades militares. Ella hace que el soldado se aparte siempre de los hechos vergonzosos, sobreponiéndose á veces á muy difíciles circunstancias. Sin esa cualidad no se concibe nada noble.

La dignidad, en fin, imprime un sello de grandeza en todos los sucesos de la vida de los hombres ó de las naciones, ya sean aquellos felices ó desgraciados.

Así vimos sucumbir dignamente á la desdichada Polonia, acuchillada desde 1772 hasta hace unos pocos años, por el filo del pesado

sable ruso, y la memoria de ese noble pueblo será por eso siempre respetada.

En la historia de su destruccion hay episodios verdaderamente sublimes. Entre otros, se recuerda el de unos quinientos polacos que, habiendo sido destinados á servir como soldados en el ejército de los enemigos de su patria, se les pedia el juramento de fidelidad á sus tiranos, y mejor prefirieron el destierro y la muerte á hacer una falsa promesa que infamaba su honra.

España, cuando en 1803 fué invadida por el victorioso ejército francés, á pesar de estar triste y malamente gobernada, debió su independencia á la dignidad del pueblo, que herido en su amor patrio, se levantó ahogando en sus robustos brazos á sus armipotentes opresores, aunque para ello tuvo que hacer el sacrificio de mil héroes.

La dignidad no transije jamás y prefiere el sacrificio de la vida á la vergüenza.

¡Infamia y deshonor, es la única perspectiva de un hombre ó de un pueblo sin dignidad, y el soldado que tan levantada debe tener su alma, ¡que se inspire siempre en tan bella, tan noble cualidad!

V.
DISCIPLINA.

La disciplina no solo consiste en la obediencia, que es su base, sino tambien en la moralidad é instruccion de las masas; de instruccion y moralidad ya hemos tratado y nos fijáremos hoy más especialmente en la subordinacion.

Por lo que hace á la disciplina, es tan indispensable en el ejército, que sin ella, el conjunto de soldados no es más que una reunion de hombres armados, que amenaza no solo á la sociedad, sino á los jefes que pretenden dominarla. Es un torrente que se desborda sin que haya ningun dique que lo encauce y encamine á su objeto, destruyendo lo que encuentra al paso; ni respeta el ajeno hogar, ni la propiedad, ni la honra. Una fuerza sin disciplina, no pertenece á lo que verdaderamente se llama ejército.

Cualquier oficial que se ponga al frente de

una tropa, debe nutrirla en los sanos principios de la moralidad, instruirla y hacerla observar la más exacta subordinación. La subordinación es la base como antes dije, sin ella no hay soldados ni hay jefes; todo se confunde en el horrible embolismo de un desorden peligroso; no se respetan las categorías ni las leyes, y se dá rienda suelta á los más groceros instintos de una aglomeración de hombres que se fermenta en sus pasiones.

El oficial á quien falte energía para imponer la obediencia, debe separarse inmediatamente del ejército; no puede cumplir con su misión y es un crimen que permanezca en un puesto donde tanto daño causa su debilidad.

Siempre que se perdona, cuando se trata de satisfacer la vindicta militar, queda burlada la justicia; porque el perdón en asuntos trascendentales sobre delitos que dañan á una institución tan delicada como la del ejército, implica complicidad.

El que perdona es cómplice del delincuente, sentando el principio de la impunidad que alienta á los criminales, trayendo la desmoralización en las masas.

La justicia ha de ser uniforme, sostenida y

consecuente en todos los actos; el que representa á la justicia, falta á su obligación cuando no la deja satisfecha, y debe ser castigado por su lenidad que origina la indisciplina, con la que se hiere mortalmente la institución militar.

El superior en todo caso, debe reflexionar antes de dictar una orden, para mandar precisamente aquello que puede y debe hacerse. Muchos hay que engolfados en las prerogativas del mando, hacen consistir su energía en disponer que se lleven á efecto cosas que se hallan fuera del alcance de quien debe ejecutarlas, y esto es un absurdo que la razón rechaza; al fin no se cumple con lo mandado, porque no se encuentra en la esfera de lo posible, y en tal circunstancia, ó se castiga con marcada injusticia, al supuesto infractor, ó hay que conformarse con la falta de cumplimiento; en el primer caso se obra sin equidad irritando naturalmente el ánimo de los subalternos, y en el segundo se les mal acostumbra á no atender las disposiciones superiores. De todos modos, mandar así, es exponerse á no ser obedecido, evidenciando ridículamente la autoridad que se representa.

Es preciso, pues, lo repito, ser sostenido é igual en el mando, y para conseguirlo, ordenar siempre lo que puede y debe hacerse sin dejar nunca sin castigo una falta de subordinacion.

El que es mandado, cualquiera que sea su categoría, debe tener presente que no obedece el capricho de un hombre, sino el espíritu de las leyes, y que sirve á la nacion al ejecutar las órdenes del que manda; por eso hay dignidad en la subordinacion militar: ella es el cumplimiento del honroso deber para con la patria á quien debe servirse con abnegacion.

Así pues, como es preciso ser obedecido, se debe rendir respeto al superior, ésta es la escala ascendente de la poderosa fuerza moral de una tropa. Por esa la subordinacion siendo una obligacion, llega á elevarse á la categoría de virtud en el soldado, puesto que debido á ella se han llevado á efecto mil heróicos hechos. El poder inmenso de la disciplina comienza en la obediencia, y todo militar mandando ú obedeciendo debe templar su espíritu en la subordinacion, ejercitándola hasta en los asuntos más insignificantes del servicio,

para que llegue á ser una costumbre invencible; un instinto formado por esa costumbre. Solo así se explica que á la voz del jefe, avanza como impulsada por eléctrica descarga una porcion de hombres en medio de la destruccion y de la muerte y triunfe de todos los peligros y de todas las fatigas.

Las tropas disciplinadas son las que siempre han llevado á cabo los más grandes hechos, por pequeñas que hayan sido en número. Son un mecanismo que con perfecta armonía obedece el impulso que se le dá, secundando con inteligencia y actividad el pensamiento del que manda: ya firmes como las rocas que resisten el embate de las olas embravecidas, contienen el arranque de sus enemigos; ya rápidas como un meteoro los envuelven y los destruyen. En la defensa son un dique en que se estrella el ímpetu más poderoso, y en la accion son el rayo que hiere ántes que el relámpago se mire. La tropa disciplinada, será en la guerra lo que su jefe quiere que sea, porque depende enteramente de su voluntad, así como una banda de fuerzas inmorales es una positiva calamidad para la causa á que se une; un peligro siempre creciente á cuanto le ro-

dea; una cantidad negativa en el problema de la victoria.

Napoleon I disciplinó á su ejército y conquistó medio mundo.

Con treinta mil soldados empezó la campaña de Italia en 1796, llegó hasta Austria bajo los arcos triunfales que la gloria de sus batallas levantara; derrotó á ejércitos muy numerosos en esa época de pocos meses; hizo más de ciento cincuenta mil prisioneros, y dictó por último, la paz en Campo Formio. Siendo éste el primer período de los gloriosos hechos de ese ejército francés, cuyo valor consistía en la disciplina que le inspiró el Gran Capitan.

Alejandro el grande, instruido por los hombres más sábios de su tiempo, comprendió que la más poderosa palanca de accion en las tropas es la disciplina, y desde que tomó el mando de las suyas, se las impuso por cuantos medios estuvieron á su alcance; logrando así dominar en todas partes con un ejército que más valia por su buena organizacion que por su número; y entre sus hazañas se registra la de que, en defensa de Grecia hace 22 siglos,

batió á trescientos mil persas con solo veinte mil hombres.

No me cansaré nunca de recomendar que la más severa disciplina se guarde siempre en toda tropa para que ella sea útil. Como al principio expongo, ésta no solo consiste en la subordinacion que es su principal componente, sino que tambien requiere la instruccion y la moralidad.

La historia del pasado y los hechos del presente, nos demuestran hasta la evidencia que la disciplina es la base principal del ejército: es la vida que se difunde en todos los hombres de que se compone, dándoles aliento para cumplir un mandato; y metodizando el movimiento, hace flexibles á las masas arrastrándolas á la victoria; las hace obedecer como por magnetismo una órden que cual la electricidad se comunica y con sumision se ejecuta.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

43075

VI.

VALOR.

El valor lo tiene aquel que estima su dignidad: por más que el instinto de conservación quiera apartarlo del peligro, el honor lo hace dominarse sobreponiéndose á todo. Más marcado aún es el valor del que ama la gloria; el amor á la gloria ha formado á los famosos guerreros. A más del valor de la dignidad, hay otro valor con que se nace; que está en el organismo del individuo. El hombre que reuna los dos valores y que tiene anhelo de distinguirse, fácilmente lo consigue.

Hay una distancia inmensa entre el valor activo y el pasivo: el primero es el del héroe que entusiasta lucha y vence ó muere; el segundo es el del mártir que inerme se sacrifica.

Todo hombre es susceptible de sentir el valor con más ó ménos intensidad, y entre los

soldados mexicanos es casi comun esa virtud.

El espíritu grandioso que se dilata en el peligro, que se enaltece y lo domina, ese tiene el valor insigne del soldado, que viene de la grandeza del alma, de la dignidad, de la disciplina, y nace de ese impulso soberano, que arrebatando los latidos de un ardiente corazón, lo exalta al heroísmo, sin recuerdos de la vida, sin temores á la muerte, porque presenta ante la imaginación el campo ilimitado de la gloria, que con su brillo espléndido hace desaparecer las mezquindades de la tierra.

¡Ese valor que brilla, que deslumbra en los héroes, ese entusiasmo inmortal que los alienta, es la ansiedad de lo infinito, es el alma que no cabe en el mundo, que vuela sobre el mar tempestuoso de la guerra, que se avalanza á la muerte y que se abisma por último en la gloria!

Quién no comprende ese impulso soberano en Napoleon el grande, cuando allá en remotas tierras, rodeado de pueblos enemigos, al mirar las antiguas pirámides de Egipto esclama inspirado al frente de sus tropas: "Soldados, de lo más alto de esos monumentos, cuarenta siglos nos están mirando." Aquel

hombre no se contentaba con que el mundo admirara las proezas de su ejército, y queria para espectadores de su grandeza á los tiempos, eternos como Dios.

Anibal, esa águila guerrera, que vivió dos y medio siglos ántes de nuestra era, que afrontó valerosamente la segunda guerra púnica; que destruyó á Sagunto, que voló osadamente sobre los Pirineos, el Ródano y los Alpes, sin que la naturaleza ni los hombres pudieran poner obstáculo á su marcha victoriosa hasta enseñorearse en la Grecia mayor, decia á sus tropas despues de varios triunfos obtenidos por sus armas: ¿Qué palabras pueden animaros, si teneis palpitantes ante vuestros ojos los hechos que atestiguan vuestra grandeza? Y al expresarse así, es que encontraba mezquino el lenguaje de los hombres cuando hablaba de la gloria de los héroes.

Despues, abatido ese Gran Capitan por la desgracia, optó por arrancarse la vida ántes que humillarse entregándose á sus enemigos.

Murió: pero vive aún en la memoria de los hombres despues de millares de años, para ser admiración de los que comprenden la grandeza de su valiente ánimo.

Guillermo el conquistador que nació en el siglo undécimo, al arribar á Inglaterra, donde tenia que combatir, se decidió á vencer ó morir en la demanda, é incendiando sus naves, dijo al ejército: "Este recurso es inútil yá, "que no teneis el designio de huir y regresar "á Francia: nuestro único asilo es Lóndres; "abrámonos camino ó perezamos bajo nues- "tras banderas."

Protesta sublime, hecha contra la cobardía, y que con cuidado nos guardó la historia.

Algun génio guerrero ha dicho, que hazañas mil que al primer golpe de vista parecian imposibles se llevaron á cabo por hombres resueltos que al parecer no tenian otro refugio que la muerte. Así Guillermo dominó á Inglaterra, y así han pasado numerosos hechos que sería largo citar.

Julio César, lleno de noble ambicion, lloró en Cádiz hace veinte siglos al pié de la estatua de Alejandro el grande, diciendo: "A mi edad él habia conquistado el mundo y yo nada hago todavía". Mas germinando en su espíritu el amor de la gloria, pocos años despues era el Señor de la tierra; habiéndose hecho inmortal en la guerra de las Galias y otras mu-

chas expediciones de conquista con que ensanchó su dilatado imperio, deslumbrando al mundo con sus espléndidos triunfos, que recogió en doradas páginas la fama.

El valor es grande como la eternidad, y por eso para existir anhela la gloria despreciando la muerte. Séneca, el filósofo que tanto conoció la humanidad, decia que el que desprecia la propia vida es dueño de la vida de los otros á quienes domina.

En la galería de los valientes héroes, hay mil cuadros gigantescos que deslumbran, hay mil sublimes ejemplos que admirar.

La cobardía por otra parte se nos presenta con su mezquindad, con su miseria de espíritu, desdorando la reputacion, sumiéndola en la deshonra y en la infamia.

El cobarde jamás debe alistarse bajo las banderas del ejército, porque en ellas solo le espera el oprobio y la vergüenza.

Concluyo este artículo con expresar que es un defecto hacer alarde del valor; que es un delito emplearlo en cuestiones que degradan, pues su mision es sublime, y criminal es infamar esa virtud.